

Don Quijote, Fierro y la medida del tiempo

Dice aquí el puntualísimo cronista, que siguiendo su camino, Fierro y don Quijote iban platicando *de omni re scibili*, unas veces muy acordadamente en sus pareceres, otras con insalvables discrepancias.

Las pacíficas manadas y rodeos que al paso encontraban, y que para Fierro sólo eran el ganado habitual de esas pampas, a don Quijote le despertaban pensamientos multitudinarios, ora de ejércitos, ora de follones, ora de malandrines, que en persecución de algún despropósito se confabulaban.

“El sol ya se iba poniendo, cuando a lo lejos se vido” un jinete que se acercaba a nuestros andantes, y visto que fué por don Quijote, exclamó:

Ahora sabré, o no hay claridad en la luz, cuál es la nunca vista aventura que los altos Cielos me deparan en esta hora.

Llegado había, entre tanto, el presunto mensajero de la soñada aventura, y simultáneamente frenaron sus cabalgaduras, mientras don Quijote decía: Largas horas hace que espero esta hora en que, por fin, mi brazo sabrá obrar en pro y beneficio de tanto dolor como se ha arrebañado en estos campos. Pido, por tanto, a vuesa merced, señor viandante, quiera la su cortecía, decirme qué campos, son estos, qué mesnadas se ocultan o disimulan en ellos, cuáles son sus intentos, a do van y qué misión o intromisión vuesa merced tiene en ellos y con ellos. Y quiera vuesa merced hacerlo a la llana y sin demora, porque ha de saber que pudiera ocurrir que, si no la razón, la fuerza lo obligara.

Entre atónito y ausente, el recién llegado, que miraba no sin extrañeza la figura de su interlocutor, sacó de un bolsillo de su chaleco, un reloj, y mirándolo y mirando a los que lo miraban, dijo:

¿Qué hora es?

La de ahorcarte, dijo don Quijote, si con dilaciones quieres retardar la justiciera acción que me compete.

Fierro que conocía al recién llegado, al que había saludado tocando el ala del sombrero con el índice de su mano derecha, intervino, diciendo:

Este buen hombre, señor don Quijote, es lo que llamamos un "agregado", y vive indistinta y sucesivamente, en las estancias y en los puestos, siempre listo para los menesteres pequeños que se le confían. Y tiene la costumbre, particularidad, gusto o manía, de controlar la exactitud de la hora, siempre que, como en la ocasión, cree que puede verificarlo.

Nada de lo que Vuestra Merced le ha preguntado, podrá responderle, porque su simpleza es tan grande, que no ha alcanzado el valor de ninguna de las preguntas.

Ya deben ser como las seis, dijo el hombre del reloj, a tiempo que volvía a mirar el adminículo, de nuevo extraído de su bolsillo.

Pareció olvidar don Quijote la preocupación de su aventura, y pareció no valorar lo dicho por Fierro acerca de la simpleza del recién llegado. Su fantasía fué tras otras ideas, y así dijo:

Es verdaderamente singular que el hombre, pudiendo medir el tiempo y tenerlo como encadenado a sus registros, sean éstos de agua o clepsidra, o los más antiguos de sol y arena, con los cuales siguió y sigue la marcha del fugitivo vencedor, no haya logrado, sin embargo, detenerlo un instante.

Una vez lo detuvo ante aquellos muros; *quos ego!*, pero fué, no hay duda, milagro de lo Alto.

Antes y después, se ha concretado a verlo pasar; ni puede retardarlo ni apresurarlo.

A fin de ubicarse con sus preocupaciones y sus miserias, le ha fraccionado en cuadrantes y en esferas, y mira y cuenta esas fracciones, sin percatarse que el insensible no sufre quebranto, no da tregua, no espera, no escucha.

Alguna vez, ante tanta impasibilidad, ha creído eludirlo, pretendiendo no computarlo, y ha dicho: "*Horas non numero nisi serenas*", sin advertir que para llegar a ellas, debe pasar por las otras, las no serenas, las más numerosas.

Ha dicho también que todas las horas hieren y la última mata, sin advertir tampoco, que no morimos de una sola vez, pues, "por muertes sucesivas volvemos al no ser".

¿O no es morir esta vida que llevo? ¿No son mil muertes mis cuitas, mis desesperadas esperanzas, mi constante desvelo, la perpetua noche de mis días, las ansias eternas de mi angustiado corazón?

¿Qué medida del tiempo puede atemperar ese constante morir en que yo vivo?

La ciencia que llaman gnomónica, tiene su remoto origen en la observación que viejos caballeros andantes hicieron en los astros.

Ellos supieron del alongar y declinar de las estrellas, y por éstas midieron las horas en los caminos de su ruta.

Yo sé de esa ciencia. Y sé que hay en mi cielo un astro sin declinación y sin ocaso, (*o tu bell astro incantator*) cuya trayectoria no tiene fin en mi vida, ni está sujeta a variaciones, ni hay medida que la abarque, si no es mi vivir desesperado y mi morir esperanzado.

¿Para qué, entonces, los cuadrantes, para qué las clepsidras, para qué los relojes, para qué medir el tiempo?

Fierro había liado su vigésimo cigarro, en tanto escuchaba pacientemente a su compañero, cuando estas últimas palabras le recordaron los versos de una payada.

Ya otra vez, dijo, me hicieron esa pregunta, es decir, con qué fin había sido creada la medida, y entonces, como ahora, pensé que:

La medida la inventó
 El hombre para bien suyo,
 Pues es fácil presumir:
 Dios no tiene que medir
 Sino la vida del hombre

 Porque el tiempo es una rueda
 Y rueda es eternidá:
 Y si el hombre lo divide
 Sólo lo hace, en mi sentir,
 Por saber lo que ha vivido
 O le resta que vivir.

Con medida o sin medida, dijo don Quijote, la vida es lucha heroica. Bien lo han demostrado todos los andantes caballeros que en el mundo han sido. Bien lo he demostrado yo, que he venido a restablecer esa antigua y siempre nueva caballería. Y bien lo saben el Cielo y mi adorado tormento, que mi brazo no descansará en tanto haya aventura que acometer, injusticia que ajusticiar, homenaje que rendir a la que es acreedora a todos ellos en el correr de los días de mi vida, sean éstos breves o largos, divididos o sin solución en medidas, de horas prósperas o adversas, fastos o nefastos.

Y como no se mide el valor de mi pecho, ni la fineza de mis sentimientos, ni la duración de mis duelos, tampoco se mide el tiempo, pues nadie sabe cuándo éste ha de terminar, que ha de ser con la muerte, cuando se entra en el no tiempo que es la eternidad; y nadie sabe cuándo ha de entrar en ella.

Ni que pensar en la muerte
Sino en soportar la vida,
dijo Fierro;
A mí no me matan penas
Mientras tenga el cuero sano,
Venga el sol en el verano
Y la escarcha en el invierno.
Si este mundo es un infierno
¿Por qué afligirse el cristiano?
.....
El amor como la guerra,
Lo hace el criollo con canciones

A eso he de decir, dijo don Quijote, que mi vida, corta o larga, como el Cielo lo haya dispuesto, ha sido, es y será de caballería y encantamiento. Caballero nací y caballero he de morir. Encantado he vivido y así tengo de seguir viviendo.

Me dió el Cielo el alma que me anima, y con ella he gozado de los encantos de la vida. Se alzó en mi firmamento la luminaria sin par que es Dulcinea, y desde entonces tuve encantado el corazón. Luché por fueros y por desafueros y magos enemigos hubo, que con sus malas artes y hartos de envidia, me encerraron encantado, en donde hubieran podido tenerme tres o más siglos.

Nunca medí el largo de ese tiempo. Ni cuando tuve amigos o admiradores, ni cuando estuve solo. Y bien sabemos que en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño; pero nidos habrá siempre.

La tarde iba perdiendo su plácida claridad. Dispusiéronse los tres jinetes para continuar su interrumpido camino, y el que había sido calificado por Fierro, de hombre simple, miró interrogativamente su reloj y se alejó en dirección opuesta a la de los dos andantes que no se cuidaban del tiempo ni de sus medidas.

V I D A L F E R R E Y R A V I D E L A